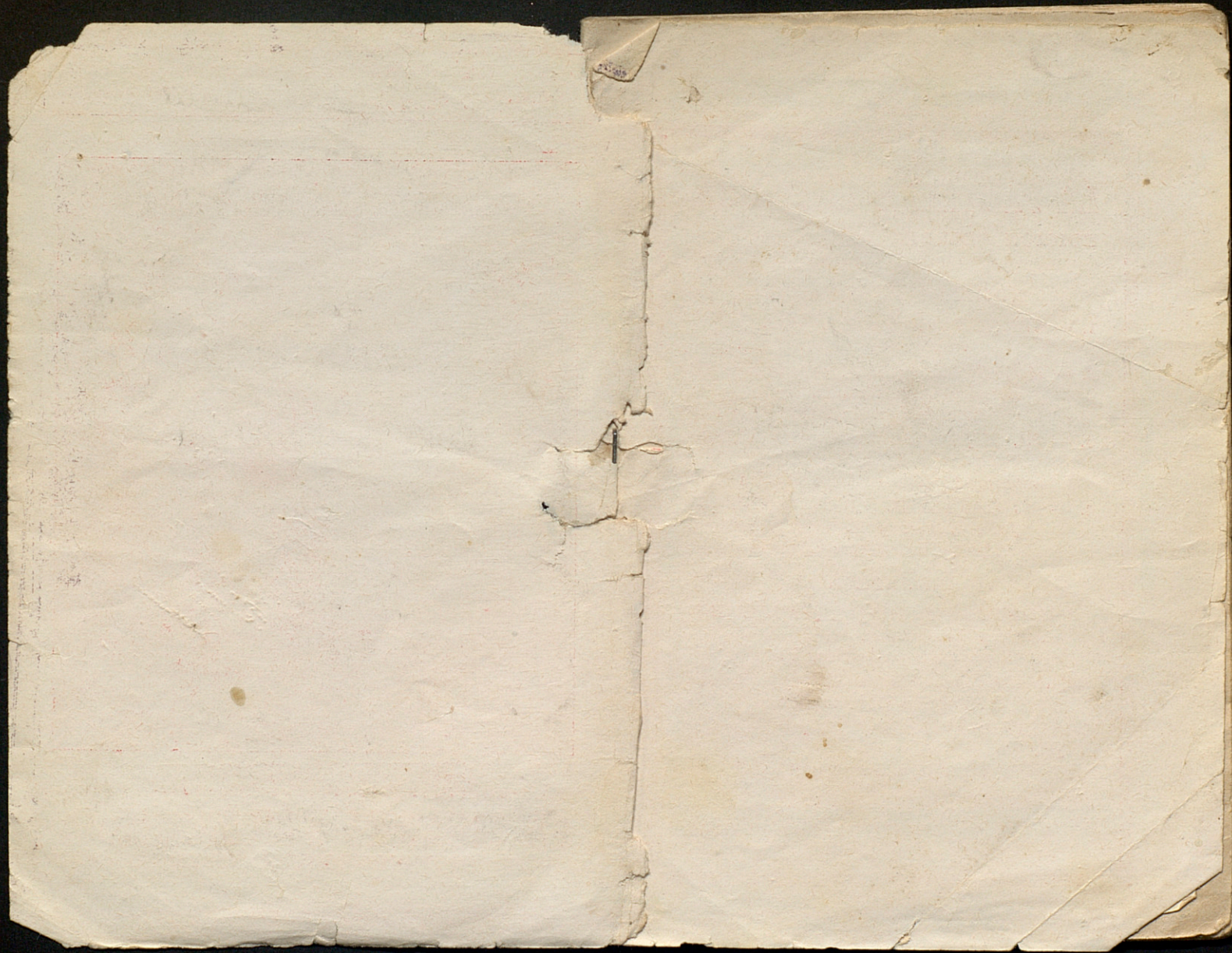


LA PANTALLA LITERARIA 7
Núm. 5 30 cénts.



LA CIGARRA Y LA HORMIGA



LA PANTALLA LITERARIA

EDICION SELECTA DE
GRANDES FILMS

NUMEROS PUBLICADOS

1. — *CARMEN*, por Raquel Meller.
Superproducción Albatros
2. — *HOJAS DE PARRA*, por George O'
Brien y Olive Borden.
Superproducción Fox
3. — *EL HIJO DEL CAID*, por Rodolfo
Valentino y Vilma Banki.
Superproducción Artistas Unidos
4. — *EL CABALLERO DEL AMOR*, por
John Gilbert y Eleanor Boardman.
Non-plus-ultra, Metro-Goldwin

EN PRENSA

LA MONTAÑA SAGRADA, por Liení Riè-
fenstahl y L. Trenker.

Super-joya poética, Ufa

AMANECER, por George O'Brien y Murnau.
Producción Gigante Fox

LAS ETERNAS PASIONES, por Pola Ne-
gri.

Super-joya Paramount

PRESENTACION MAGNIFICA

PRECIO: 1 PESETA

ASAGANOFF, Geng

La Cigarra y la Hormiga

Adaptación cinematográfica de la célebre
fábula de Lafontaine, interpretada por
los artistas

CAMILLA HORN

y

GUSTAV FROELICH

(Jugenddrausch, 1927)

Novelita-argumento de

LAURA BRUNET



Exclusiva para España

UFA FILM

Barcelona - Madrid

Jugenddrausch (11-28)
111-156-167-355-370

Principales intérpretes

Eva Lefebvre, Camilla Horn; *Armando*, Gustav Froelich; *María*, Hertha Von Walther; *Enrique Valliere*, Warwick Ward.

AÑO I

BERLÍN - BARCELONA - LOS ANGELES

NÚM. 5

LA PANTALLA LITERARIA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BOU DE SAN PEDRO, NÚM. 9 - BARCELONA

Sale los jueves

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

I

En la diminuta villa de Arletts, y formando un barrio que podríamos llamar aristocrático, moraban las familias Guinard y Lefebvre, entre las cuales reinaba la más franca y noble de las armonías.

Era la de los Lefebvre, una vieja familia aristocrática que, al morir el jefe de familia, había entrado en un período de franca decadencia económica.

Ocupaban en la actualidad la antañona casa solariega, única nave que había podido salvarse de las garras de la usura, al despeñarse la familia en el torbellino de la ruina.

Siempre habían sido considerados como la familia

esencialmente aristocrática de la diminuta villa de Arletts.

En sus heredades reuníase la flor de la colonia al llegar los veranos y con él la pléyade de forasteros que el excesivo calor hacía salir de las grandes capitales.

Durante las temporadas estivales, hallábanse los Lefebre en su verdadero ambiente.

Organizábanse cacerías, salidas al campo, grandes fiestas nocturnas en sus jardines, y en estas aparentes demostraciones de potencia económica, iba hundiéndose su bien saneado patrimonio.

Muerto el padre, la caída fué vertiginosa. El había sabido mantener alrededor de su hogar el polvillo de oro de la mentira a cambio de enormes sacrificios y de firmar hipoteca sobre hipoteca, deudas enormes en espera de alguna solución salvadora. La muerte le sorprendió sin que aquella llegara y ocho días después comenzaron las ejecuciones judiciales hasta dejar reducido el patrimonio de los Lefebre a la casa en que actualmente vivían. Sus familiares, gente verdaderamente acaudalada, reunieron un pequeño capital con cuyos rendimientos podrían vivir decentemente la madre, la esposa y la hija del difunto Lefebre.

Quedó también intacta una pequeña herencia que una tía de Eva, la hija de los Lefebre, había consignado en su testamento bajo condición de que no entrara en posesión de ella hasta su mayoría de edad. Era esta tía una hermana del difunto y, conociéndolo a fondo, quiso asegurar el porvenir de su sobrina.

Con lo que rendía este capital y el formado por los familiares, acomodáronse los Lefebre a una vida sencilla y aburguesada y así pudieron mantenerse en la villa en un plan de relativa opulencia.

Eva Lefebre, parecía haber heredado el temperamento de su padre. Era veleidosa, frívola, trivial, y gastosa y ponía en sus trajecitos y en sus tocados una nota coqueta y aristocrática que la situaba por encima de las demás muchachas de la villa.

Su elegancia era innata. Fluía de ella sin esfuerzo alguno. En las reuniones y sobre todo en la fiesta mayor, era Eva Lefebre quién lanzaba el último grito de la moda. Sus toilettes superaban siempre a las de las jovencitas más ricas de la localidad. Y no es que gastara más que ellas: su buen gusto, su fina percepción al escoger los colores y los adornos, hacían el milagro de convertir en toilettes verdaderamente aristocráticas, los trajecitos más sencillos y de menos coste.

Los Guinard vivían en la casa fronterá a la de los Lefebre y reinaba entre las dos familias una cordial y sincera amistad que se había acentuado al fallecer el padre de Eva.

Compadecido Francisco Guinard de la desgracia de sus amigos, encargóse de tramitar los asuntos de la liquidación y gracias a él pudo salvarse la casa en la que los Lefebre vivían, logrando notables rebajas y concesiones de los acreedores.

Francisco Guinard era la antítesis del difunto Lefebre. Tan rico como él, había dedicado sus actividades a fomentar y engrandecer el molino que heredara de sus padres y pronto vió enormemente aumentado el capital que formaba su herencia. De molinero pasó gradualmente a ser el comerciante de cereales más importante de la comarca y pronto su nombre fué considerado como uno de los más prestigiosos dentro del negocio. Era viudo y tenía un hijo en el que fundaba todas sus esperanzas para la continuación del negocio. Llamábase Armando y era dócil y de maneras muy

tímidas. Uno de esos muchachos que parecen haber venido al mundo para ser juguete de la voluntad de los demás. Naturalmente que tenía sus momentos de rebeldía en los que se acusaba el hombre de temperamento cerrado o, más bien dicho, ahogado, por la voluntad paterna. Pero eran estos tan espaciados y tan poco ruidosos, que no constituían línea firme en su carácter.

Vivía con ellos una prima de Armando, huérfana, llamada María. El señor Guinard la había recogido en su hogar al quedar abandonada la pequeña en su más tierna infancia y ella, como dándose cuenta de la situación que en la casa ocupaba, manteníase humilde, honesta y laboriosa como una hormiguita. Era el ángel del hogar de los Guinard. En los más insignificantes detalles se notaba su mano delicada, hacendosa y ordenada y ello complacía grandemente a su tío que tejía ya sus sueños para el futuro. Muchas veces lo habían comentado con el Padre Martín, el cura párroco de la villa. Y siempre habían coincidido en que Armando y María formarían una pareja realmente admirable, completa, armónica. Una de esas parejas conyugales que cruzan la vida en un ambiente de beatitud patriarcal, que si no es la felicidad absoluta, se aproxima mucho a ella.

El buen padre Martín siempre lo decía que María se parecía a una hormiguita y que quién se casara con ella sería un hombre muy feliz. En cambio, en una ocasión en que contaba a los muchachitos del barrio la ejemplar conseja de "La Cigarra y la Hormiga", al terminarla, hubo de observar a Eva, no sin cierto dolor:

—Eres como las cigarras, Eva, de bulliciosa y des-

envuelta. Procura enmendarte, hija mía, que ese proceder tuyo no puede conducirte a buen fin.

Y bondadoso acarició a la pequeña, mientras remachaba:



La Cigarra y la Hormiga

—Fíjate, fíjate en la manera de ser de María, y procura imitarla, que no te arrepentirás.

El temperamento de la huérfana era totalmente opuesto al de Eva Lefebre, a quién María admiraba y veneraba como veneran y admiran las muchachas humildes a las damas elegantes que ven pasar en sus autos fastuosos o en sus coches aristocráticos. Ver-

dad es que Eva Lefebre le había dado más de un disgusto, que en los bailes le quitaba los jóvenes más elegantes y en las fiestas ocupaba siempre los lugares más distinguidos, pero a pesar de ello, poseía Eva Lefebre ese algo, ese don inexplicable que la naturaleza concede a ciertas personas y que les da un valor de atracción irresistible que domina a las demás. Y María sentíase dominada por aquella mujercita veleidosa y frívola como una cigarra, que todo lo revolvía en la villa.

También Armando sentía una atracción especial hacia Eva que le dominaba y le vencía y en más de una ocasión hacía retemblar todas sus fibras cordiales. Muchas veces no sabía explicarse si aquello que le agitaba y hormigueaba en sus arterias era cariño o era odio: lo que sí sabía de una manera que no dejaba lugar a dudas, era que el día que se acostaba sin haberla visto le parecía que la jornada había sido más larga, más monótona, más gris. Por las noches, más de una vez la había visto en sueños, entre nubes como nimbada de luz y le había recordado la imagen de la Inmaculada de uno de los altares de la iglesia. Otras la aparición era diabólica y la veía retorcerse entre lenguas de fuego como el diablo aquel de color verde que tenía a sus pies el San Miguel del globo de cristal que había colocado encima de la cómoda. Pero siempre terminaban sus sueños en una visión deleitosa, agradable y se sentía como envuelto en una nube rosa y azul y mecido en un dulce vaivén de ensoñación que difícilmente podía explicarse al despertar.

Y así crecieron los tres muchachos y así llegaron a la flor de sus diez y ocho años.

II

Todo andaba revuelto aquel día en casa de los Guinard. Un gran acontecimiento había de señalar aquella fecha como una efemérides importantísima de la familia.

Iban a anunciarse oficialmente los esponsales de Armando con María. Las familias más ricas y de mayor prestancia de la contornada fueron invitadas a la fiesta y autos y coches llegaban a la casa de los Guinard incesantemente, haciendo prever un resultado brillantísimo.

La mejor orquesta de la próxima ciudad había sido contratada y el banquete confiado al "maitre" más afa- mado de los hoteles de la villa.

Al dar comienzo la fiesta, uno de los criados entregó a María un magnífico ramo de rosas blancas acompañado de una tarjeta. La tarjeta venía respaldada y decía así:

"Lamento mucho no poder asistir a la fiesta de sus esponsales, pero prometo ir a saludarles dentro de un par de días. *Enrique Valliere.*"

María, una vez leída la tarjeta, la entregó a Eva que se mantenía de pie a su lado acariciando el mag-

nífico ramo de rosas. Al leer ésta el contenido de la misma, un mohín de desagrado llenó sus labios y dírase, aún, que al levantar la mano para ordenar uno de sus rizos rebeldes, había borrado una lágrima que asomara furtivamente en sus pupilas.

Era Enrique Valliere el heredero de una riquísima familia noble cuyas posesiones hallábanse enclavadas entre la villa de Arletts y la próxima ciudad. Hacía poco que había conocido a Eva Lefebre en una gran fiesta de la vendimia celebrada en su castillo y pronto establecióse entre ellos la corriente de simpatía que precede a las relaciones amorosas.

Aunque no oficialmente, se amaban, y Enrique no había de tardar en pedir la mano de Eva Lefebre, a su madre. Quizá habría sido hecha ya esta petición, si Enrique no hubiera andado muy distraído con las fiestas y orgías en las que continuamente andaba metido, ya en su castillo, ya en París, donde se trasladaba con gran frecuencia. Eso y el no andar muy desahogado de dinero a causa de los enormes gastos que se veía obligado a hacer para mantener su vida fastuosa, había retardado de día en día su firme decisión de formalizar sus relaciones con la hermosa Eva.

Al recibir la tarjeta excusándose, abandonó Eva el salón donde se celebraba la fiesta y salió entristecida al jardín. Armando notó la actitud de su amiguita y salió en pos de ella temeroso de que le hubiera ocurrido algo.

La encontró sentada en un banco, situado bajo una acacia e iluminada por los plateados resplandores de la luna. Quedamente acercóse a ella, sin ser notada su presencia.

—¿Te ocurre algo, Eva? — preguntóle Armando al llegar junto al banco.

—No, nada. Estoy de mal humor porque Enrique me había prometido venir y se ha excusado — respondióle ella nerviosa.

—¿Pero es cierto, Eva, que vas a casarte con él?



...contaba a los muchachitos del barrio la ejemplar conseja de "La Cigarra y la Hormiga"...

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿No te casas tú con María?

Armando sintió fulgurar en él uno de aquellos rayos de rebeldía que de vez en cuando cruzaban su mente.

—Eso no es verdad — exclamó concentrado—. Cier-

to que mi padre se ha empeñado en ello, pero no logrará ver realizados sus deseos. Yo no amo a María. Bien lo sabes tú, Eva. Bien sabes tú cual es la mujer que hace latir mi corazón.

Los dos jóvenes se miraron emocionados. No salió ya una palabra de sus labios. Sus cuerpos habíanse ido acercando insensiblemente y sin poderlo evitar, Armando rodeó el talle flexible de Eva que bajo los rayos lunares estaba verdaderamente irresistible.

—¿Tú amas a Enrique? — preguntóle temblando el muchacho.

Dudó ella un momento, mientras Armando acariciaba enfebrecido sus diminutas manos.

—No lo sé — contestó ella en un suspiro.

—¿Serías capaz de huir conmigo? — insistió Armando con firmeza.

Los grandes ojos de Eva abriéronse de par en par y una llamita extraña, como de fuego fatuo, brilló en sus pupilas.

—¿Tú serías capaz de hacer eso? — preguntóle admirada.

—¡Para lograr tu amor, soy capaz de todo! ¿Quieres que huyamos?

—¿Pero precisamente hoy?...

—Sí, sí, hoy. Mañana sería tarde.

Quedáronse contemplando un momento. En el silencio de la noche oíanse latir sus corazones. Una intensa llamarada carnal juntó más sus cuerpos.

—¡Eva, Eva mía! — musitó Armando besándola febrilmente.

—¡Armando! — contestó ella ensoñada, dejándose caer toda ella en un dulce abandono.

Y sus labios uniéronse en el misterio de un beso, largo, quieto, lleno de deleites y dulzuras, mientras al

través de una de las ventanas contemplaba María la escena con los ojos abrasados en lágrimas.

Obtenida la conformidad de Eva, penetró Armando en la casa y dirigióse a su habitación. Cogió un fajo de billetes que guardaba en uno de los cajones de la cómoda y al disponerse a salir, encontróse frente a María que temblorosa manteníase de pie en el dintel de la puerta.

—¿Qué vas a hacer, Armando? — preguntóle llena de temores y con la voz alterada por las lágrimas.

—No lo sé, no me preguntes...

—Bien lo veo que no lo sabes. Lo que intentas es una locura. No te lo digo por mí... Tú y ella vais a causar vuestra desgracia.

Armando, sinceramente emocionado acercóse a su novia y buscó cariñoso sus manos.

—Tú eres buena, María — le dijo pausadamente—. Tú sabes que te quiero a tí como a una hermana, pero no te puedo querer como a una esposa. Estoy seguro de que casándonos no seríamos felices. Estoy convencido que nuestra vida sería un infierno. Tú que eres tan juiciosa, tú que has sido para mí como una madre-cita, ¡díme lo que debo hacer, María!

La pobre muchacha escuchaba lívida las palabras de Armando. Las espinas de todos los dolores habíanse clavado en su corazón ingenuo. Hubo de hacer un esfuerzo sobrehumano para no desplomarse sobre el pavimento y con voz tranquila, pero llena de temblores irreprimibles, dijo a Armando:

—¿Amas a Eva sinceramente? ¿Crees que vas a ser feliz con ella?

—Sí, sí, María...

—Pues... pues vete con ella. Es tu deber.

Momentos después, en la cinta plateada de la carretera, volaba un coche en dirección a la ciudad grande, a la ciudad de más irresistibles tentaciones: París.

III

Cuando Enrique hubo explicado a su amigo Raymond el motivo de su inesperado viaje a París, éste soltó una sonora carcajada.

—¿De manera que has tomado en serio eso del amor? — preguntóle zumbón.

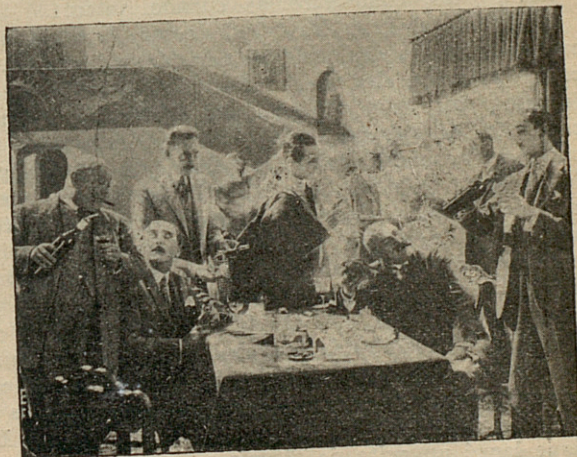
—No bromeas, Raymond. La amo locamente, estúpidamente. No puedo vivir sin ella. Ahora que me la han quitado, es cuando me doy cuenta del gran amor que Eva me ha inspirado, de la noble pasión que ha encendido en lo más hondo de mi ser. Me siento como transformado, como si me hubieran cambiado de ambiente, como si hubiera muerto en mí el mujeriego empedernido. ¡La amo, Raymond, la amo! Eso es todo.

—¿Y qué te propones?

—Buscarla y encontrarla, sea como sea.

—Pero, hijo mío. ¡París es muy grande!

—Es grande para los que lo conocemos, pero infinitamente pequeño para los que desconocen sus arte-



Enrique andaba distraído con fiestas y orgías

rias y caen sobre la ciudad como mariposas cegadas por la luz. Bien sabes tú que el forastero se mueve en París en una esfera reducidísima. Que no sabe salirse de cierto ambiente que podríamos llamar "la esfera del provinciano o del turista", y fácil ha de sernos encontrar la pareja de fugitivos si nos empeñamos en ello.

—¿Supongo que, caso de encontrar a los dos enamorados, no lo tomarás en trágico?

—No; quiero únicamente ver si hay todavía remedio para aplicarle, o devolver a Eva a su madre, si el remedio es ya tardío.

Bien, pues, comenzaremos cuando quieras.

Raymond, el gran Raymond, como le nombraban sus amigos, era un perfecto parisién nocheriego, de esos que están siempre en plan de acompañar a un forastero para que conozca bien París, con la única condición de que pague las cuentas el visitante. Sin oficio ni beneficio, habría terminado siendo un perfecto tahir, de no haber tenido la suerte de meterse a director cinematográfico, apoyado por una estrella muy guapa, y en este aspecto tuvo la fortuna de triunfar. Pero continuó con su vida de orgía continua de hombre fácil a los mayores desatinos.

Al día siguiente de haberle expuesto Enrique sus vehementes deseos, comenzaron las pesquisas en busca de Eva y de Armando. Ocho días llevaban en esta tarea y casi desesperaban ya de salir airoso en su empresa, cuando un día, al penetrar en el Moulin, Enrique lanzó un grito de alegría y de sorpresa:

—¡Allí, en aquel palco! — gritó como un niño.

—¿Qué ocurre en aquel palco? — preguntó tranquilamente Raymond—. ¿Alguna mujer extraordinaria?

—¡Ellos! ¡Están ellos!

—¡Gracias a Dios que vamos a terminar nuestra pesada peregrinación a través de teatros y music-halls! — respiró Raymond—. ¡Sus y a ellos, que no se nos escapen!

El encontronazo entre fugitivos y perseguidores, no tuvo aspectos trágicos ni truculentos. Muy al re-

vés; atados los nervios por su férrea voluntad, Enrique penetró en el palco en que se encontraban los dos muchachos y con la sonrisa en los labios, fué a su encuentro, tendiéndoles la diestra.

—¡Oh, mis queridos y románticos amigos! — exclamó jovial y ahuecando ponderativamente la voz—. ¿Todavía en vuelos de la ilusión?

Armando contestó ceñudo con un movimiento de cabeza. Eva livideció al verse delante de su novio. Sonrió, pero su sonrisa era amarga, y quizá, quizá un buen observador habría podido descubrir en ella atisbos sino de arrepentimiento, de cansancio, de hastío...

Aquella vida maravillosa que ella había soñado, no era la que podía ofrecerle Armando con los miserables billetes que había podido coger al marchar. Sus toilettes, con representar un gran esfuerzo para Armando el adquirirlas, eran casi ridículas, comparadas con las que lucían las demás mujeres de cabarets y music-halls, y nada tiene de extraño que Eva, tan frívola, tan casquivana, comenzara a darse cuenta de que Armando no era el hombre que había soñado. Además, en lo hondo de su corazón, no endurecido, no pervertido todavía, una llamita le decía que ella amaba a Enrique y que Enrique habría de ser tarde o temprano el compañero de su vida. Ello la hizo precavida y avariciosa en las concesiones amorosas y el sentido del pudor, innato en una muchacha provinciana, evitó que su cuerpo fuera maculado con el estigma imborrable que habría puesto un abismo infranqueable entre ella y Enrique.

Ahora, al verle de nuevo, convenciéndose firmemente de que sus presentimientos eran ciertos y de que el hombre a quien amaba era Enrique y no Armando.

Peró el ambiente no era propicio a grandes y sin-

ceras confesiones, y la noche transcurrió entre ironías y frases de doble sentido veladamente deslizadas en el diálogo.

Lo que no tardó en ponerse en claro fué que Armando andaba escaso de dinero. Mientras Eva danzaba un fox con el gran Raymond, Armando vióse obligado a descubrir su situación a Valliere.

—Escúchame, Enrique — le dijo—. Ya sé que me he portado mal contigo, quizá a tus ojos haya aparecido como un canalla, pero si te das cuenta de lo que abandoné para irme con ella, sabrás apreciar la magnitud de mi amor y de mi sacrificio.

—De no ser así, a estas horas uno de nosotros dos no existiría — masculló con sequedad Enrique, estallando al fin.

—¿Crees, pues, en la sinceridad de mi amor?

—Creo simplemente en un momento de loca ceguedad. Eso te absuelve.

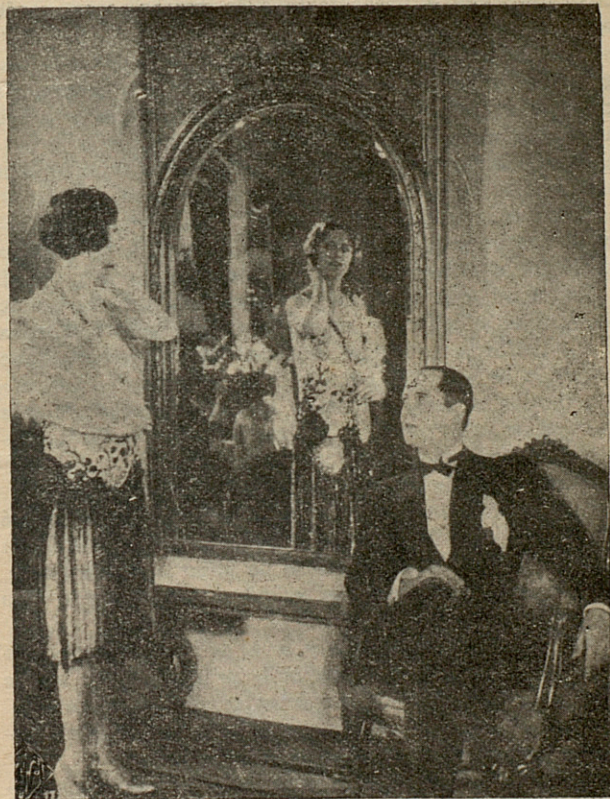
—Pues bien, Enrique, necesito de tí. He terminado el dinero. Mi situación es desesperada. Ella cada día pide más cosas. Yo no sé negarle nada, y me encuentro en el caso de no poseer ya más que unos centenares de francos que no me son suficientes ni para pagar el hotel.

—¿Y qué deseas de mí?

—Que me hagas un préstamo, un anticipo, que yo te reintegraré en cuanto haga las paces con mi padre.

Enrique permaneció un momento silencioso, esparció la mirada alrededor de la sala del Moulin y al divisar en uno de los palcos la persona que le interesaba, contestó a la demanda de Armando:

—Yo, personalmente, no puedo ayudarte. Comprende que lo que tú necesitas no son un millar de fran-



...mientras Eva coqueteaba ante el espejo

cos; pero voy a presentarte a la persona que puede prestarte un buen servicio.

Enrique salió del palco y momentos después regresó acompañado de un caballero muy elegante, de cara apegaminada, más por los vicios que por los años, y presentó:

—Mi amigo Armando; el señor Bernard, con quien seréis muy buenos amigos, Armando.

Retiróse Enrique al antepalco, y Armando y Bernard continuaron hablando y conduciendo el diálogo hacia los caminos que a ellos convenía.

Raymond, con la bulliciosa Eva colgada del brazo, penetró en el palco y sentóse en la camareta junto a Enrique. Sirvieron unas botellas de champagne, que supieron borrar por completo la tristeza del encuentro de los novios, mientras Eva coqueteaba delante del espejo. Al terminar la representación de la revista, reuniéronse todos con Armando.

Bernard, al despedirse, precisó con Armando:

—Mañana a las cinco en el hotel. Yo le entregaré los cincuenta mil francos, pero es indispensable que acepte la letra de compromiso de pago su señor padre.

Armando recomendó discreción y con la cabeza hizo un gesto afirmativo.

Al despedirse, Armando y Eva, dirigiéronse en auto al hotel. Enrique y Raymond, prefirieron ir a pie hasta el centro de París para airearse un poco.

—¿Has logrado algo? — preguntó ávidamente Enrique, en cuanto quedaron solos.

—He logrado lo que me proponía, — contestó sencillamente Raymond—. El viernes por la tarde, la tendrás en mi estudio. Está loca por saber si es fotogénica. Yo le he dicho que si ella quería yo la haría llegar a gran estrella y de no ser por los respetos que

te debo, esta noche tú y Armando os quedáis ya sin Eva. ¡Todavía no he encontrado la excepción en la regla! ¡En cuanto se les habla de una pantalla y del celuloide, pierden por completo el sentido de la realidad y serían capaces de las mayores barbaridades!

—¡Eva no es así! — cortó Enrique, ofendido.

Raymond soltó una carcajada y palmoteó amigablemente en el hombro de su amigo.

—¡Parece mentira que te llames Enrique Valliere, y que tomes en serio esas cosas del amor! ¡No se hable más de este asunto! ¡El viernes la tendrás en tus brazos!

—Sí, y nos la llevaremos a mi castillo, donde precisamente se estarán celebrando las fiestas de la vendimia.

IV

Al día siguiente encerrados en la habitación de Armando, éste y Bernard realizaban el convenido negocio.

—¿Ha ido en auto a Arletts, para que su papá aceptara el giro?

—No: le telegrafíe y ha llegado esta mañana.

—Perfectamente: ahí tiene los cincuenta mil francos. La letra se presentará al cobro dentro de ocho días en Arletts.

—No dude que será pagada en el acto. Ahí van los diez mil francos en concepto de comisión que le ofrecí.

—Los acepto, porque yo he de darlos a otra persona, que conste.

—No se hable más del asunto, y muchas gracias, señor Bernard.

Cuando Armando volvió al hotel cargado de regalos para Eva, ésta de pie frente al espejo estaba ensayando posiciones cinemáticas y poses a lo Murray y a lo Bertini. Realmente ella podía ser estrella, ella podía triunfar, y ayudada por Raymond y por Enrique que estaba segura que no le negaría su apoyo, llegaría pronto a ser una de esas estrellas cargadas de brillantes, de autos y de mucha más fantasía que realidad.

—¿Qué te pasa, Eva? — preguntóle Armando, al notar en ella las actitudes forzadas que adoptaba ante el espejo.

—Nada — contestó ella sorprendida —, este traje que me cae maravillosamente.

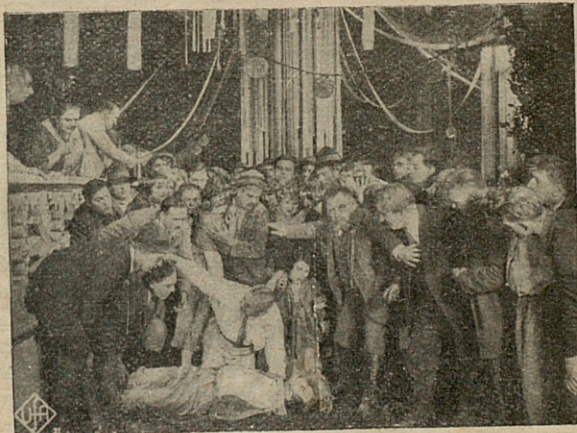
Juntos entregáronse al placer de ir destapando las cajas y estuches que había adquirido Armando y por un instante vivieron momentos de quimera y de grandeza en el mundo de los sueños.

* * *

El viernes, como estaba convenido, presentóse Eva en el estudio de Raymond, y éste, puesto detrás de

una máquina, simuló rodar unos metros para que ella se entregara por completo y fuera posible realizar el plan ideado por Enrique.

Al anoecer salían en auto los dos amigos y Eva



...lanzóse en ayuda del amado, que yacía en el suelo...

hacia el castillo de Valliere, donde pasaron unas horas de extrema felicidad los dos enamorados, pues ya se habían reintegrado por completo a su interrumpido idilio.

Bernard, el prestamista, estaba absolutamente convencido de que Armando había falsificado la firma de su padre, y como estas cosas le gustaba precipitarlas para, de esta manera, reintegrarse más aprisa del dinero, al día siguiente tomó el tren y partió para Arletts. Ya en la población dirigióse al despacho del

padre de Armando, y María, que desempeñaba en las oficinas el cargo de cajera, vióse sorprendida por la presentación de un documento cuya orden de pago no figuraba en los libros.

—No vengo a cobrar, señorita, — observó el señor Bernard, al darse cuenta de la sorpresa de la muchacha—. Me interesa únicamente saber si el documento está en orden y si será pagado a su vencimiento.

Un presentimiento nubló la vista de la infeliz María. Tembláronle las manos, pero logró reponerse y friamente preguntó:

—¿Quién le ha entregado esta letra?

—Don Armando Guinard.

El corazón de María latió con violencia. Tornóse lívida como la cera, pero en un nuevo esfuerzo, sonrió, echó mano al llavero y dándole vuelta a la cerradura de la caja, exclamó con la mayor naturalidad:

—No precisa que vuelva usted el día del vencimiento. Las aceptaciones del señor Guinard, se pagan en el acto en esta oficina.

Y entregó con inevitable temblor los cincuenta mil francos a Bernard, que no volvía de su asombro.

Cuando María quedó sola en la oficina, rompió a llorar amargamente, hizo mil pedazos el documento en el que se falsificaba la firma de su tío y salió precipitadamente del despacho.

Momentos después estaba hablando con el notario de Arletts.

—¿Qué te trae por aquí, Marujita?

—Necesito inmediatamente cincuenta mil francos.

—¿Y de dónde quieres que saque yo esa cantidad fabulosa?

—De donde usted quiera, pero los necesito. Venda

usted la pobre heredad que me dejaron mis padres y cóbrese el dinero que me buscará ahora mismo. Lo necesito, señor notario, y le ruego que no me pida más detalles.



...en la que él y tres o cuatro ventajistas desplumaban a los incautos...

El notario, que era un buen hombre que apreciaba mucho a Maruja, dióse cuenta de que la muchacha estaba atravesando una gran tragedia, y dispúsose a complacerla. La heredad de la pequeña valía más de lo que ella pedía, y como él podía disponer del dinero que ella necesitaba, mandó a buscarlo al Banco, y se lo entregó sin extender ni un solo documento.

—¿Quiere que le firme algo, señor notario?

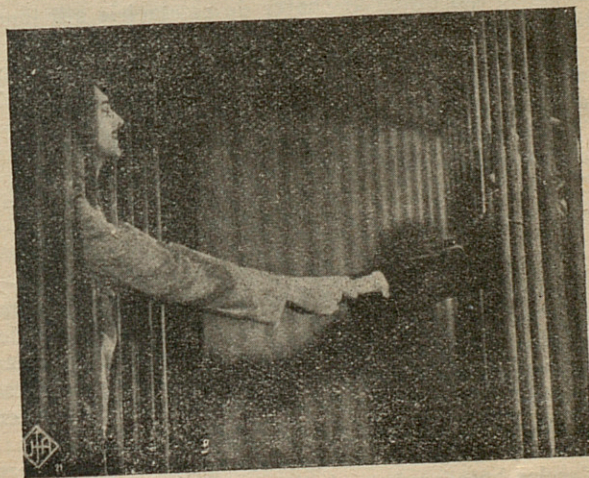
—Lo que quisiera, pequeña, es que salieras en bien de la tribulación en que te encuentras. Tu casa y tus tierras no serán vendidas mientras las circunstancias no me obliguen a ello. Anda, ve, y que Dios te ilumine.

María dirigióse rápidamente a la oficina, depositó el dinero en la caja, y se dispuso a salir sin que nadie se apercibiera, en dirección al castillo de Valliere para enterarse de si Enrique había podido saber algo de los dos fugitivos, y evitar en lo posible que su Armando adorado siguiera por el camino de perdición que había comenzado a seguir.

V

Cuando Armando dióse cuenta de que Eva le había abandonado, pasó unas horas de desesperación indescriptible. No llegaba a comprender como una muchacha que lo había desafiado todo para él, le abandonaba ahora sin dejar ni una carta de excusa ni de justificación. Pensó en seguida que Eva había reflexionado y que la encontraría en Arletts. Era mucho mejor. Así se arreglarían las cosas y podrían casarse como Dios manda.

En esta convicción, dispúsose a recoger el equipaje de Eva para salir el día siguiente de madrugada para Arletts, pero al abrir uno de los cajoncitos del secreter, quedóse estático ante el contenido de una tar-



—No puedo más, Enrique mío... Todo se ha agotado en nuestra casa...

jeta de Raymond. Rezaba así: "Le mando estas flores, ni tan bellas ni tan frescas como usted. No olvide que mañana viernes por la tarde la aguardo en mi estudio, cuya dirección va en esta tarjeta. — Raymond."

Armando no quiso saber más. Abandonó la labor que estaba haciendo y salió disparado a la calle. Las sienes le martilleaban. El cerebro ardía en mil qui-

meras. Un auto le trasladó rápidamente a los Estudios Raymond. Allí le enteraron de que el señor Raymond acompañado de un amigo y de una señorita habían salido en auto hacia el castillo de Valliere, y Armando dió orden al chofer de conducirlo allí inmediatamente.

—Señor, si no me anticipa usted quinientos francos, no puedo aceptar el encargo de este viaje — observó el chofer.

—Ahí tienes mil, pero quiero llegar al castillo antes de media noche.

* * *

La llegada del señorito Enrique al castillo, dió inusitada brillantez a la fiesta que se estaba celebrando. Valliere quería aturdir a Eva presentándose como un hombre de inmensa fortuna que podía permitirse el lujo de derrochar quince o veinte mil francos en una noche.

Hizo preparar un banquete pantagruélico. Requisó todas las botellas de viejos vinos y champaña que encontró en la contornada y dió entrada libre al castillo a todos los que quisieran asistir a las grandes fiestas vendimiales.

Eva sentíase en su ambiente. Bebía sin tasa y sin medida. Permanecía largos espacios estrechada por los brazos enfebrecidos de Enrique y en esta locura orgiástica, les sorprendió Armando al llegar desenchajado al castillo.

—Deseo hablarte, Enrique — díjole por todo saludo.

—Sube a mi despacho — contestó éste decidido.

Y los dos rivales subieron rápidamente la escalera que les separaba del primer piso. La discusión fué breve, y Eva, asustada, la escuchó con verdadero espanto.

—Vengo a por ella, a quien has engañado miserablemente, Enrique.

—Te equivocas; si un miserable hay entre nosotros, ese eres tú, que la robaste al cariño de su propia madre. Pero no quiero discutir contigo. Que escoja ella. Decide tú, Eva.

La joven titubeó un momento. Enrique insistió con la mirada. Por fin, Eva pronunció levemente:

—Me equivoqué, Armando; amo a Enrique, y él será mi marido.

Armando, loco de furor, echóse sobre su rival, y entrablóse una lucha sorda, feroz, interrumpida solo por los gritos de socorro de Eva. En la lucha, Armando tuvo la desgracia de desplomarse por uno de los ventanales que asomaban al patio del castillo y cayó pesadamente sobre las losas, en el momento en que María entraba en el castillo con el auto que le había conducido a las posesiones de Enrique.

Sin querer saber nada de lo que había ocurrido, lanzóse en ayuda de su amado que yacía en el suelo rodeado de campesinos, y lo besó mil veces y lo estrechó en sus brazos como a un niño.

También Eva quiso socorrerle, pero María se opuso a ello fieramente:

—¡Aparta! ¡Es mío, mío! ¡Tú me lo robastes! ¡Déjalo ahora que vuelva a mí! ¡Por tu culpa ha sido un ladrón, un falsificador! ¡Ha deshonrado su nombre!

—María, perdóname... Fué un momento de locura — suplicó Eva.

—¡Siempre has sido una coqueta! ¡Acuérdate del

padre Martín! El te lo decía cada día: "Pareces una cigarra, Eva..." ¿Te acuerdas?

Eva estaba avergonzada. No se sentía con fuerzas para contestar a las cálidas palabras de aquella abnegada mujer que en el momento de peligro no quería dejarse arrebatar el hombre de sus amores.

—¡Recuérdalo al padre Martín! ¡Como ellas, como las cigarras, morirás sola, en la miseria, sin unas manos piadosas que cierren tus párpados, sin unos labios temblones que endulcen tu agonía! ¡Cigarra! ¡Cigarra!

Y levantando en brazos a Armando, corrió hacia el coche que la había conducido al castillo, y ordenó con voz de iluminada:

—¡A Arletts, a toda marcha! ¡A casa del médico!

VI

Ha transcurrido un año. Enrique y Eva, se han casado. En un año han destrozado los restos de fortuna

y hundido para siempre el nombre de los Valliere en la más baja abyección. De peldaño en peldaño, había descendido Enrique toda la gradería que conduce a las acciones más reprobables. Lo esencial para él, era sacar dinero de donde fuera, como fuera y a costa de lo que fuera, para gastarlo saliendo al paso de todos los caprichos de Eva. Y así, paso a paso, llegó a montar en su propia casa de París una chirlata en la que él y tres o cuatro ventajistas más desplumaban a los incautos que caían entre sus garras.

Pronto la policía tuvo conocimiento de las malas artes que en aquella casa se empleaban, y una noche sorprendió a la partida mientras estaban desvalijando a cuatro infelices.

Enrique dió con sus huesos en la cárcel, y fué condenado a extinguir una pena de un año.

Fué así que Eva, la frívola, por la calle de la Verdad, comenzó a seguir el calvario de la Amargura.

Cuando por última vez se vieron con Enrique en la cárcel, turbios los ojos por las lágrimas, le dijo ella:

—No puedo más, Enrique mío. Todo se ha agotado en nuestra casa. No queda ya nada que empeñar y hace frío, mucho frío... Volveré a Arletts y rogaré a mi madre que me perdone. Allí te esperaré. Los brazos de una madre no se niegan nunca a recoger a una hija desesperada y arrepentida...

Eva tenía razón. Su madre la perdonó. Cuando más caídas ven a sus hijas, más pronto perdonan las madres y la pobre Eva, al regresar a Arletts, había caído en lo más profundo del abismo de la vida.

También perdonaron Armando y Maruja. Ellos eran felices en su hogar de hormiguitas y no podían cerrar

las puertas del amor a la pobre cigarra que llamaba a sus puertas aterida de frío.

Así pasaron los días tristes de la condena de Enrique. Así pasó el invierno cobijada entre hormigas la atolondrada cigarra y así vino el verano radiante de luz y de alegría, y Enrique al dejar pagada su deuda con los hombres pudo abrazar de nuevo a su adorada Eva y comenzar con ella una nueva vida que hiciera olvidar la pasada, llena de horrores y amarguras.

FIN